

# CHILE

**E**STE verano —enero y febrero— 75.000 argentinos cruzaron la cordillera andina y visitaron Chile. En 1970 fueron sólo 4.000. Los chilenos enemigos del gobierno achacan este espectacular incremento al agitado Uruguay: el movimiento tupamaro hace que muchos porteños desistan de saltar el Mar del Plata. Los favorables (en la actual coyuntura es difícil la indiferencia) sostienen que es la curiosidad y la simpatía el motor de la visita. Esa curiosidad, presente en cualquiera algo preocupado por la política, es lógicamente mayor entre los vecinos del Cono Sur de Latinoamérica, tan problemático que, según dicen, Fidel Castro al referirse a él en las conversaciones lo hace siempre poniendo una tilde sobre a «D».

El 4 de septiembre de 1970, el conglomerado político de la Unidad Popular, que apoyaba al candidato Salvador Allende, socialista, ganaba las elecciones presidenciales chilenas. Latinoamérica contaba así con el primer marxista llegado al poder por la vía electoral y comenzaba una experiencia que puede ser decisiva para su futuro. La victoria de Allende fue posible gracias a la unión de grupos políticos un tanto dispares —los partidos socialista y comunista, por un lado, y el radical, por otro, más otras formaciones menores— y no a la división de sus contrarios: la derecha, que presentaba a Jorge Alessandri (presidente en el período 1958-1964), y la Democracia Cristiana, que presentaba al candidato Radomiro Tomic y había detentado la presidencia con Eduardo Frei de 1964 a 1970. Porque si los sectores derechistas responsabilizan a Tomic del fracaso de Alessandri, al robarle votos, no está claro que esos votos hubiesen ido al candidato derechista. Puede asegurarse que los sectores juveniles de la Democracia Cristiana habrían votado por Allende.

Y así, seis meses después de la victoria allendista, en el apogeo de la campaña para las elecciones municipales del 4 de abril, una publicación de la derecha decía: «En abril no se contarán regidores, se contarán votos pro-UP y anti-UP. Los primeros son un espaldarazo a lo que hemos visto hasta ahora del Gobierno y a lo que éste nos anuncia para el futuro». Por ello recomendaba el voto, pero al mismo tiempo respondía así a la pregunta ¿se puede votar por un candidato DC?: «Es evidente que sí se puede... cuando no



Latinoamérica contaba así —al ganar Allende las elecciones presidenciales— con el primer marxista llegado al poder por la vía electoral y comenzaba una experiencia que puede ser decisiva para su próximo futuro.

## VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

hay otro candidato de oposición». Las elecciones de abril aclararon definitivamente por qué y cómo se ganaron las elecciones de septiembre. La Unidad Popular superó la barrera de la mayoría absoluta y pasó del 36,2 por ciento de septiembre al 50,86 de abril, consiguiendo «el espaldarazo». Mientras tanto, la Democracia Cristiana bajaba del 27,8 por 100 al 26,21, y la derecha, del 34,9 al 22,36. El espaldarazo no era tanto a la Unidad Popular en bloque como a ciertos grupos: así el partido comunista que obtuvo el 15,9 por 100 en las elecciones parlamentarias de 1969, lograba en éstas el 17,36; el socialista, en iguales fechas, pasó del 12,2 al 22,89, resultando el máximo beneficiario de las elecciones últimas; por el contrario, el Partido Radical descendió del 13 por 100 al 8,18, provocando este escaso resultado la dimisión, no aceptada por Allende, de los tres ministros que tiene en el gobierno. Por tanto, lo que se premiaba en las urnas era una línea clara de cambio

y no un reformismo vacilante, causante principal del desencanto ante la etapa de Frei.

Con cinco meses de gobierno, la Unidad Popular tuvo uno de cada dos chilenos a su favor, tras ser elegida por uno de cada tres. Esta prueba de confianza se daba no sólo por lo hecho en esos meses, sino por lo que se esperaba. Pero esta no es una espera pasiva, donde todo viene dado desde arriba. El gobierno es, en realidad, un cauce para que se vayan realizando muchas aspiraciones populares. De ahí la ebullición que el visitante nota al llegar a Santiago. Ebullición más perceptible y sorprendente para un español que no viviera la República. El camino del aeropuerto internacional de Pudahuel a Santiago está flanqueado de letreros de todos los colores y tendencias. Las tapias, pintadas sin agobios de nocturna clandestinidad, muestran carteles pidiendo el voto para Carmen Frei (la hija del ex presidente salió claramente elegida en uno de los distritos residenciales de San-

tiago), hasta un kilométrico y multicolor letrero que pide el voto comunista asegurando «los fascismos al inodoro de la Historia». Bien es verdad que en el gigantesco Santiago (el Gran Santiago, con sus casi cuatro millones de habitantes, es una de las mayores ciudades de lengua castellana, junto a Buenos Aires, México, Nueva York, Madrid y Barcelona) no faltan los carteles de todo tipo. En esta ciudad plana, de casas bajas y con fachadas que piden a gritos un revoque, raro es el establecimiento que no pregona con colorines en su puerta lo que vende o repara; hasta un modesto lustrabotas llegué a ver que, junto a un quiosco de la alameda O'Higgins, garantizaba en un retórico cartel la calidad de su trabajo. En la misma alameda está la Biblioteca Nacional; allí los empleados trataban de hacer dimitir al director y colocar en su lugar al funcionario Juvencio Valle, escritor de las jóvenes promociones. El cargo depende del ministro de Educación Nacional y es tradición que todos los Gobiernos cambien de director. El actual se niega a dimitir, a pesar de que así se lo pidió el ministro. Ante ello, los empleados actúan por su cuenta: cierran la biblioteca, llenan su puerta de carteles y se encierran... Esta acción desde la base es algo frecuente. Muy cerca de la Biblioteca Nacional, en la misma alameda y casi al lado de una vieja iglesia de la época española, está la Federación de Estudiantes (FECH), incendiada el 14 de abril. «A través de la Federación de Estudiantes —me dice Moncho Silva, veintiséis años, ex dirigente estudiantil y hoy regidor (concejal) en Santiago— hemos incorporado amplios sectores de estudiantes al Trabajo Voluntario en el agro. Su tarea es la alfabetización. Las estadísticas dicen que hay un siete por ciento de analfabetismo, pero creemos que hay más, un doce. Las clases de alfabetización son también de educación política. Después de este verano, es decir, de enero a marzo, en que hubo treinta mil estudiantes en el campo, ganamos ciento ochocientos sindicatos campesinos; nosotros, los socialistas, controlamos setenta y dos de ellos. Queremos controlar cien y el partido comunista llegará a setenta... ¿Fricciones? No hay fricciones. Estas son sólo a nivel abstracto. En lo práctico, las discrepancias se superan por la participación de las masas».

Estas masas son las que llevaron a la Unidad Popular al go-

# LAS FUERZAS POLITICAS

# CHILE

bierno (el poder, dice Allende con frecuencia, no lo tienen todavía; por eso la UP está dando sus primeros pasos revolucionarios dentro del marco constitucional burgués que había en Chile). Fueron los votos comunistas del proletariado moderno (el industrial de los centros urbanos y el minero), los votos socialistas más heterogéneos (trabajadores campesinos, obreros urbanos de empresas familiares, pequeña y media burocracia provincial, profesores, técnicos). Y fue también el fruto de una herencia. Porque cuando se llevan unos pocos días en Chile y vemos que, aparentemente, no pasa nada, casi se escapa la exclamación: «Esto es como España, pero con civismo británico». Y es así, claro. Pero lo primero viene dado por el origen de la población. Y lo segundo se ha conquistado. Chile escapó, después de la independencia, al caudillismo militar que anegó otras Repúblicas sudamericanas. Diego Portales, jefe del partido de los estancieros, instauró un régimen constitucional que por medio de una República conservadora inició una etapa de relativa prosperidad. La guerra del Pacífico y la adquisición por parte de Chile de los yacimientos de salitre (1880) cambiaron al país de eminentemente agropecuario en minero. Las minas llevaron a las provincias semidesérticas del Norte fuertes contingentes obreros. La oscilación del precio internacional del salitre ocasionaba etapas de empleo y paro, y de ahí nacieron las primeras acciones de masas. Una República liberal correspondió a esta etapa, que acaba hacia 1920, en que empieza el auge de la minería del cobre. A partir de entonces, la oligarquía comparte el poder con los sectores medios; Alessandri (padre) es el político de ese periodo... La clase obrera chilena conoció represiones sangrientas y la izquierda luchó a lo largo de medio siglo por conseguir una participación en el poder. Lo logró en parte con el Frente Popular, que coincide más o menos con la segunda guerra mundial (Allende fue ministro entonces). En 1946, una coalición radical-comunista que apoyaba a González Videla ganó las elecciones. Videla terminó separando a los comunistas y persiguiéndolos; el poeta Pablo Neruda, entre otros, tuvo que exiliarse. Este deterioro del Frente Popular vino dado porque el radicalismo fue aproximándose poco a poco a los sectores oligárquicos (en estos momentos, por ejemplo, los grupos jóvenes del Partido Radical están cercanos al marxismo; gente del grupo senior del partido, por el contrario, está muy relacionada

con los fuertes consorcios ganaderos del Sur del país). Sin embargo, el Frente Popular alteró el equilibrio político. Tras su paso, que trajo a las masas y a sectores progresistas, la derecha químicamente pura quedó desplazada del centro del poder. De ahí el desarrollo de un partido de corte moderno, la Democracia Cristiana, de orientación centrista. La Democracia Cristiana es fruto de una escisión y un cambio: en 1938, a la llegada del primer Frente Popular de Pedro Aguirre Cerda, un grupo de jóvenes universitarios (Frei, Tomic) se separaron del viejo partido conservador y crearon la Falange Nacional; en 1956 la Falange se convirtió en Democracia Cristiana. La Democracia Cristiana llegaría al poder en 1964, con Frei, después de las presidencias del general Ibáñez (que

fue dictador en la época de la «gran depresión») y de Jorge Alessandri, de corte populista, la primera, y de derecha aliada con sectores independientes, la segunda.

Las elecciones de 1964 se plantearon básicamente entre Frei y Allende; Frei ganó por el apoyo de su partido y de los grupos marginados que elevaron a Ibáñez en 1952. Hay algo que puede deducirse claramente de ellas. Chile quería cambios. La timidez del gobierno Frei a la hora de las reformas enajenaría a la Democracia Cristiana esos votos «marginados» que se fueron con Allende en 1970 y, el solo hecho de plantear reformas, el apoyo de la derecha que presentó su propio candidato.

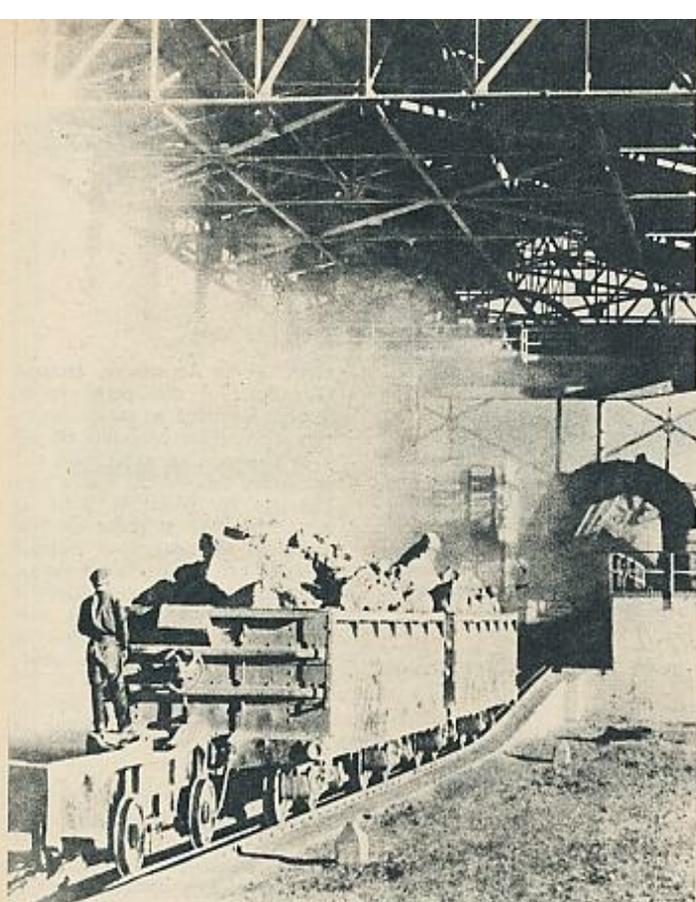
Dado el carácter irreversible (salvo por la violencia) que un proceso revolucionario tiene, no

es aventurado suponer que en el futuro la estructura partidaria de la política chilena cambiará. Cosa, por otra parte, que ya se ha dado: el actual Partido Nacional, que agrupa a los llamados popularmente «momios» (derechistas), es resultado de la fusión de los partidos liberal y conservador después de 1965 (uno de los carteles más frecuentes en Santiago decía: «Dele a los "momios" donde más le duele. Vota comunista»; las siglas de los «momios» son «PN», léanse las letras y suprimase la segunda «e»). Los partidos socialista y comunista están cada día más próximos; el radical puede escindirse en un factor progresista, que va con la política de cambios decididos, y otro más renuente que está fuera de juego en la Unidad Popular. La misma Democracia Cristiana ya tuvo una escisión reciente, de donde surgió el MAPU, que apoya a la Unidad Popular, y que le ha dado un ministro activísimo, Jacques Chonchol, el hombre de la reforma agraria acelerada; pero, además, los grupos más decididos por el cambio, los jóvenes de Tomic y su Izquierda Cristiana, no están muy alejados de la Unidad Popular. Si la Democracia Cristiana quiere levantar a Frei para 1976, y muchas cosas pueden pasar de aquí a entonces, tendrá que contar con la alianza derechista... Y hay que referirse al MIR (Izquierda Revolucionaria), que hoy apoya a la Unidad Popular y que fue perseguido en la anterior administración. Su revolucionarismo a ultranza ha creado algún problema al gobierno (una militante me decía: «La victoria de Allende ha retrasado la revolución en quince años»). Y le está creando un puro problema de servicios con sus poblados de chabolas de tablas, que extienden aún más la ya de por sí extendida Santiago.

Chile se enfrenta ahora a un presente problemático y a un futuro de posible optimismo. El reajuste de salarios y el hecho de que la producción no aumentara paralelamente (algunas fábricas pararon voluntariamente tras la victoria allendista), levanta el fantasma del racionamiento. Por eso las campañas oficiales insisten tanto en el aumento de la productividad. La acción económica del gobierno va tanto a la expropiación de grandes latifundios (a finales de año se espera que un tercio de la tierra entre en el «área reformada»), de grandes sectores mineros básicos (salitre, cobre), como a la intervención. Junto al área estatal y a la mixta coexiste el sector privado. El director de ODEPLAN (Oficina de Planificación Nacional), Gonzalo Martner, ve con optimismo

La misma juventud estudiantil que expresó su júbilo ante el triunfo de Allende se incorpora ahora al trabajo voluntario en el agro. Su tarea es la alfabetización pero sus clases son también de educación política paralela.





Las minas llevaron a las provincias semidesérticas del Norte fuertes contingentes de obreros. Allí se iniciaron los primeros conflictos sociales.

el futuro. La «vía chilena al socialismo» tiene que desarrollarse en un marco de expansión económica, dice. Chile cuenta para ellos con 7.000 ingenieros («Chile produce técnicos, vinos y economistas. Y poetas también») y unas condiciones naturales favorables: con la base del hierro, del acero, de la petroquímica, se piensa en la posibilidad de «un gran salto industrial». Y se mira ya hacia una agricultura especializada, una agroindustria de pequeñas plantas procesadoras que permitiría la exportación de frutas en conserva y vino (el vino chileno es de gran calidad: «Pero no lo exportaremos todo. Nos gusta mucho; nos pasa como a ustedes los españoles»). Y las estepas de Magallanes, donde se ha expropiado un latifundio de 528.000 hectáreas, podrían suministrar ganado bovino para todo el país (diez millones de habi-

tantes) y aún quedaría para exportar...

Detrás del palacio de la Moneda, sede presidencial, está el teatro Antonio Varas. Allí se representa «El Degenéresis», de Edmundo Villarroel, parábola musical sobre los pequeños burgueses. Se juzga a uno de ellos. El pequeño burgués («a los veinte años suele ser partidario de la revolución. A los cuarenta defiende a su patrón. Y a los cincuenta se conforma con la mitad de la jubilación») se niega a colaborar con la revolución («Aquí en Chile ya con Portales hicimos todos los cambios posibles»), es proamericano («el futuro se llama IBM», «En USA hasta los negros, fijese, tienen televisión»), celoso de su pequeño «status» («y estos rotos nos quieren gobernar»)... Al final, el pequeño burgués es condenado a muerte y resucita convertido en un hombre nuevo. ■ V. M. R.

# EL DESAFIO CHILENO

CESAR ALONSO DE LOS RIOS

Chile dominó la materia, apartó de las piedras el mineral yacente, éste se fue a Chicago de paseo...

(Pablo Neruda, «Odas elementales».)

tienen los ministros, pero éstos aún conservan el poder económico.

Basta una breve estancia en Chile para hacerse cargo de la sorda batalla que allí se libra en torno a

la Plaza de Armas, entre el Palacio de la Moneda (la residencia presidencial) y los Bancos, en el Congreso, en el Tribunal Supremo, en los periódicos, en las centrales de

los partidos políticos. Al amparo de la vieja Constitución, la máquina política recién tomada por un Gobierno que sólo cuenta con seis meses de vida y que tiene ante sí

Son los «momios», los que votaron a Alessandri, al Partido Nacional.



La comuna de San Miguel una de las catorce que componen Santiago de Chile, tiene de su parte al Gobierno. Aquí las gentes llaman «compañero» a Salvador Allende. La comuna de Las Condes, en cambio, perdió el gobierno el 4 de septiembre de 1970, y sus habitantes llaman a Allende el «pachá» (Presidente de algunos chilenos avisados). La comuna de San Miguel se extiende por la llamada periferia de Santiago; sus casas son de tabla y apenas tienen servicios. Es la miseria organizada que lo espera todo de Unidad Popular, a la que votó. En Las Condes viven los allegados a la oligarquía, sus residencias de alerce se ocultan entre los álamos que ya amarillean en este otoño chileno. Son los «momios», los que votaron a Alessandri, al Partido Nacional. Aquellos